

Tercer Domingo de Adviento

Diciembre 13, 2020

Año B RCL

Isaías 61:1-4, 8-11; Salmo 126; San Juan 1:6-8, 19-28

"Dios envió como testigo, para que diera testimonio de la luz."

Por: El Rev. Padre. Fabian Villalobos

El Tercer Domingo de Adviento ofrece para nuestra reflexión el testimonio de Juan el Bautista y mientras los Judíos en el evangelio indagan sobre su identidad. El humilde reconocimiento de Juan en su papel como precursor del Mesías muestra un claro ejemplo de madurez y servicio cristiano.

"Cuando las autoridades judías enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle a Juan quién era él. Y él confesó claramente: —Yo no soy el Mesías."

Esta es la primera serie de respuestas donde Juan de manera explícita y distinta declara que él no es la persona que la gente estaba esperando. Dos veces los líderes religiosos lo presionaron con la misma pregunta: "¿Quién eres tú?" y, por último, preguntaron " ¿Qué nos puedes decir de ti mismo?"

Las tres respuestas de Juan en el evangelio de hoy son parte de su testimonio acerca de Jesús. Juan no era la luz, ni el mesías ni un profeta. En cambio, describe su vida y ministerio como " una voz que grita en el desierto: "Abran un

camino derecho para el Señor”, su voz llama a la gente al arrepentimiento y al cambio. La capacidad de Juan para mostrar y dar testimonio del mesías es verdaderamente una ilustración de lo que es el servicio y ministerio cristiano.

Podemos decir que Juan se despojó de sí mismo y despreció cualquier reconocimiento humano para permitir toda la gloria y alabanza a Jesús. Juan conoce muy bien su lugar hasta el punto de declarar que no es digno de desatar la correa de las sandalias de Jesús. Por esta razón, el testimonio de Juan fue creíble, honesto y digno de confianza hasta el punto de crear confusión para quienes pensaban que él era el mesías.

En una sociedad donde los títulos, el reconocimiento, el poder parece importante y donde lamentablemente, algunos definen la identidad de las personas por sus títulos o propiedades. El testimonio de la renuncia y rectitud de Juan sobre sí mismo es un testimonio de la verdad. No soy el mesías, ni Elías, ni el profeta. Juan es un testigo de la luz y no tiene miedo de llamarse a sí mismo simplemente “una voz que grita en el desierto.”

La capacidad de mostrar la verdad y dar testimonio con hechos y palabras es una ilustración del servicio de Juan que va más allá de su propia vida. Juan más tarde declara “es necesario que él aumente, pero yo que disminuya” (Juan 3:30).

Hablando de cómo Jesús es siempre el que tiene la precedencia y el primer lugar antes que todo lo demás.

El testimonio de Juan sigue siendo actual, especialmente cuando consideramos que la única forma de permitir que la verdad de Dios esté presente en nuestras vidas es cuando le hacemos lugar. Es imposible comprender o disfrutar de la presencia veraz de Jesús si no tenemos el valor de reconocer que nosotros no somos Dios. En la vida de Juan, su honestidad y humildad son suficientes para dar testimonio de la luz de Jesús.

Para algunos cristianos llenos de sí mismos, la tentación de actuar como el mesías es tan fuerte que el ministerio y el servicio podrían confundirse con la justicia propia y el orgullo. Para ellos y para todos, el testimonio desarmador de Juan sigue siendo un estímulo para servir desinteresadamente y anteponer a Dios al propio ego. Juan, al reconocer su ministerio como una voz, muestra algo que es invisible y transitorio pero efectivo y necesario.

Hoy nosotros y todos los creyentes somos enviados como Juan para dar testimonio de la luz y el amor de Dios entre nosotros. Es importante entender que Juan dio su testimonio de manera pública y comprometida. Si mantenemos a Jesús y Dios en el ámbito privado de nuestras propias vidas, el testimonio

cristiano se reduce a las experiencias limitadas que compartimos acerca de Dios con aquellos con quienes nos sentimos cómodos para hablar sobre religión.

El llamado de Juan al arrepentimiento debe ser escuchado en primera persona, cada uno de nosotros, como miembros bautizados del Cuerpo de Cristo, es un testimonio vivo de Dios para el mundo. Juan es para los miembros de la iglesia pandémica un recordatorio de que la luz de Jesús vence la oscuridad del pecado del mundo. Cada uno de nosotros, siguiendo el ejemplo de Juan, necesita abrazar su propio vacío y reconocer quiénes somos y quiénes no somos para permitir que la luz de Dios brille a través de nosotros. Amén.